



EN MEDIO DEL TUMULTO

Julio Fajardo Sánchez

EN MEDIO DEL TUMULTO



Primera edición: marzo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julio Fajardo Sánchez

© Portada: José Luis Fajardo

ISBN: 978-84-18097-94-2

ISBN digital: 978-84-18097-95-9

Depósito legal: M-5699-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PRIMERA PARTE
EN MEDIO DEL TUMULTO

1

Hacía tiempo que mi padre no me acompañaba en el jardín. Yo convalecía en una camilla, obligado a guardar reposo por culpa de una coxalgia. Tenía una pierna escayolada atada a un saco de arena que colgaba de una polea, y él se sentaba a mi lado apretando una pelota con la mano. La casa donde vivíamos era una tira lineal con las habitaciones dando a un patio protegido por la sombra de una parra. Mi abuela la había mandado construir aprovechando unos viejos almacenes empleados antiguamente para guardar la cochinitilla. Una sola ventana asomaba a la calle, el resto de los huecos estaban orientados al sur, así que la mayor parte del día la luz del sol iluminaba los cuartos. Solo íbamos en verano, pero aquel año adelantamos las vacaciones. Mis hermanos y yo éramos pequeños y no imaginábamos lo que estaba por venir.

Más allá de donde nos poníamos al sol, separado por un poyo, había un pequeño huerto con canteros de lechugas, tomates y otras hortalizas. Un naranjo en una de las esquinas y un peral en la otra. Bajo la sombra de la parra mi padre apretaba una pelota y yo me empeñaba en arrebatársela. Debía ponerme muy pesado porque acababa dejándomela un rato. Ya no tenía edad para repetir ese juego estúpido de dar una cosa con el único objeto de que te la devuelvan, y así hasta aburrirse con lo que mi abuela llamaba «el cuento de nunca acabar».

Me distraía viendo temblar las sombras de las hojas de la vid sobre las losas de basalto del suelo. Este balance, entre el blanco y el negro, es lo que ocupa las páginas de mi nostalgia. Era un tiempo

tristemente desequilibrado. Tengo una noticia imprecisa del paso de un zepelín. Me pareció verlo cruzar más allá de la cúpula de la catedral, recortándose en las montañas violáceas del fondo. Ahora no estoy seguro de si fue una paloma la que dibujó su trayectoria en el horizonte. ¡Todo es tan confuso!

Nuestra madre disponía de poco tiempo para pensarlo, pero mi abuela sí que debía estar segura. Era muy dada a hacer predicciones y rara vez se equivocaba. No sé en qué se basan algunas personas para atinar siempre con las cosas que imaginan. Quizá exista una zona del cerebro que está dispuesta a captar señales extrañas para adivinar lo que ocurre a distancia o predecir lo que nos va a traer el futuro. Nunca he sabido de alguien que tenga premoniciones en positivo y se cumplan. Se adivina con mayor facilidad el infortunio. Mi padre se iba a morir, y yo creo que ella era la única de la casa convencida de que eso iba a pasar. Quiero decir en un plazo inmediato. Ella y el médico, consciente de no tener medios a su alcance para poder evitarlo.

Cuando dejó de salir al patio no pensé que estuviera tan mal. Acababa de cumplir siete años, y me preguntaba egoístamente por qué había decidido no acompañarme y prefería pasar el día en su dormitorio. Los gritos procedentes de allí eran lo suficientemente explícitos para hacerme entender la gravedad de la situación, por eso se quedaron grabados en mi memoria. Era el atardecer y mi padre se estaba extinguiendo sin que nadie lo pudiera remediar.

*

Por mi vida han pasado y han desaparecido muchos mundos. El de mi tía fue uno de ellos. El recuerdo también me hace tener presente cosas que ya sucedieron, aunque yo no las viviera. Un detalle insignificante, como un mueble o un vestido, me sirven para reconstruir algo que se esfumó. Lo que voy a contar son una serie de acontecimientos para demostrar que los cambios en lo que ocurre a nuestro alrededor no son tan drásticos como pensa-

mos. Por eso, una evocación de tía Imelda con sus ropas talares, seguida por la criada, es importante para establecer el contraste temporal de lo que, en su esencia, siempre ha sido igual, aunque no lo parezca. La música que escucho no ha cambiado. Me gustan los barrocos y los románticos. Los relaciono porque estoy en disposición de apreciar el paso de una forma a la otra, dándome cuenta de que no hubo ninguna revolución violenta de por medio. Tan natural como cuando las aguas de los ríos se mezclan con las del mar en los estuarios. ¡Hay tanto de Bach en lo que viene después! Hablo de esto porque conservo el recuerdo de la vieja gramola, de la radio de lámparas y del piano que tocaban mi abuela y mi tía, en el que escuchaba las composiciones de las que hoy disfruto a través de unos pequeños auriculares conectados a mi teléfono móvil. A pesar de los avances, los temas son los mismos que oía en el armatoste que nos prestó Andrea van den Branden cuando mi padre estaba enfermo. Un mueble alto, como una consola, al que había que abrirle una tapa superior para descubrir el artilugio. Mi estatura no me permitía llegar a contemplar lo que había dentro, así que veía introducir el disco sin comprobar el mecanismo. Era pura magia la música.

Andrea van den Branden trajo el gramófono y la casa se llenó de melodías. No sé si fue suficiente para serenar la excitación de mi padre. Cuando empeoraba apenas se escuchaba su sonido, por lo que deduzco que no le debía de hacer demasiado bien. Los católicos manifestamos la resignación asimilando el luto al silencio, y cualquier anuncio de la llegada del drama es suficiente para introducirnos en un ambiente tenebroso y oscuro. Para nosotros el dolor está ligado a la ausencia de ruido y parece que algo se está traicionando cuando la música pretende acompañar a la tristeza. Dejar de escuchar la gramola era una señal de que mi padre se estaba agravando. La muerte está fatalmente ligada a las tinieblas, como si fuera el aviso de que vamos a entrar en un espacio donde la luz no existe. De esta manera, la ausencia de la armonía era el termómetro de la desgracia.

Asimilamos los hechos trascendentes de nuestra vida con los aspectos subsidiarios que los acompañaron. Son los ecos de la memoria que luego hay que poner en orden para reconstruir el tiempo pasado. Por eso la enfermedad de mi padre está impregnada del olor a la baquelita de los discos de *La voz de su amo* y la imagen del perrito atento al altavoz. También hay un recuerdo de la caoba y del barniz oscuro del mueble que encerraba al artilugio. Es un mundo que se esfumó: el de las agujas de gramófono, encerradas en su cajita metálica, el de las grabaciones malas que nos parecían una delicia, el de las direcciones apresuradas de Leopoldo Stokowski y el de la ausencia absoluta de la alta fidelidad, que nos hacía creer que la música también sonaba así en las salas de conciertos y que todas las cantantes maullaban como los gatos. Rodeada de esta obsolescencia evocadora se me presenta la imagen de la tragedia, amortiguada por los ramalazos de un romanticismo desaparecido entre aromas y sonidos.

Mi madre era estupenda. Cuidaba de nosotros, bailaba el charlestón, daba volteretas en el suelo y quería enseñarnos todo lo que sabía hacer. Aprendíamos a solfear con ella mientras cantaba y reía y conseguía que nuestra vida fuera divertida. Recuerdo una imagen suya saltando entre el trigo un día que vinieron a la finca donde yo estaba pasando el verano con mis tíos. Llegaron en un coche del que bajaron mis padres, mi hermano y mis hermanas pequeñas. La última aún no había nacido. Yo tenía trozos de paja en la cabeza, y mi hermano estaba peinado con fijador y su pelo brillante no tenía nada que ver con aquel ambiente. Las niñas, de blanco, con sus trajes planchados y las pecheras en nido de abeja, tampoco venían preparadas para el jolgorio. Mi padre vestía un traje oscuro y lo recuerdo de pie, por fuera de la era, contemplando cómo nos revolcábamos sobre la paja. Estaba ausente de la fiesta. Era una tarde de agosto con el cielo azul, limpio y sin nubes; el sol haciendo brillar las mieses en los almiaros y esparcidas en el campo como un cobertor amarillo. La faena se tornaba en una fiesta. Una ceremonia que

se repetía cada año para transformar el esfuerzo en tradición. Son los vestigios de una época que se estaba desmoronando, donde todavía se podía disfrutar de una colectividad tribal que adjudicaba las labores a las estaciones, repitiendo siempre lo mismo.

¿Qué hacía mi padre allí como una estatua? No formaba parte de aquel ambiente rural. Parecía incrustado a la fuerza en un cuadro de luz que no precisaba de contrastes. Sin embargo, era esto lo que representaba: la disparidad de dos mundos independientes. Lo imagino pensando en las palabras que pronunciaría en una charla en un centro obrero, o preocupado por cumplir su compromiso de recuperación en un ambiente destrozado por la crueldad de la guerra. Estaba en pie, con una leve flexión de una de sus rodillas. Una posición muy característica de su personalidad; como queriendo descansar el peso del cuerpo sin perder la elegancia. Sus ojos, verdes como las aguas de un estanque, observaban a través de unas gafas de montura redonda la escena dinámica que se desarrollaba a su alrededor, tratando de hacer economía de su esfuerzo sin participar en el consumo de una energía que a él le resultaba escasa. Esta es la imagen: un campo de luces amarillas, un festival de brincos en el interior de la era, contemplado a través de una figura estática y oscura, como un personaje velazqueño que se acerca a las puertas del cuadro y, a pesar de todo, está incluido en él para otorgarle su definición más rotunda.

Los medianeros trajeron una garrafa de vino, un zurrón con gofio y un cesto de caña con rosquetes. Tendieron un mantel en el suelo y se improvisó una merienda en un descanso de la trilla. Las vacas estaban esperando enyugadas a reiniciar el carrusel. Parecían contentas a pesar de estar sujetas por el narigón. Mi madre empezó a hacer piruetas y nosotros la seguíamos entusiasmados. Imagino el contraste de la tristeza con el gozo viendo a su marido alejado, mirándonos a través de sus gafas circulares. Daba la sensación de estar inhabilitado para participar de la alegría que nos hacía saltar, pero se le veía feliz, a su manera, al comprobar que nosotros lo éramos. Esta es la idea: mi madre disfrutando de la diversión, llena de

amor, y él como una sombra que espera la desgracia que está por venir, o quizá sufriendo el peso de la guerra que había terminado, poco tiempo antes, con un saldo muy negativo para su memoria.

*

En aquellos años devoraba libros de todas clases. También se los leía a mi padre, que estaba a mi lado sobando su pelota. Pierre Loti nos llevaba a las tierras de Oriente, tan exóticas, o a los desiertos de Arabia o de Egipto. Para mí era un mundo fascinante. No sé si él viajaba como yo mientras escuchaba la lectura. Supongo que ya la conocía y le apetecía dejarse arrullar por el sonsonete de mi voz aguda. Las selvas de Angkor que engullían a los templos budistas eran como la arboleda al fondo de la huerta. Una reproducción, en pequeño, del bosque de laurisilva que se levantaba al final de la vega donde vivíamos. La imaginación añadía unos cuantos monos y unas lianas colgando desde la altura, y mi padre y yo nos marchábamos a miles de kilómetros sin alejarnos del patio donde estábamos inmóviles y cautivos. Él, con la muerte anunciando su llegada inminente, y yo tratando de recuperar la consistencia de los huesos de mi cadera. Atados, a la vez, a la esperanza y a la desesperanza. Él, con el fracaso dibujado en su rostro y yo, con el optimismo de quien quiere superar un obstáculo. Cuando nos íbamos con Loti a la India, peregrinos de Angkor, nos liberábamos de la tragedia. Entonces no le pedía la pelota y él la apretaba una y otra vez como si en ese movimiento la vida le fuera a devolver lo que le estaba quitando.

Mi padre empezó con sus gritos desesperados. Ocurrió una de las mañanas en que no salió al patio. Las flores de unos mimos estaban flácidas y desganadas después de haber soportado un verano que se prolongaba más de la cuenta. Perdían sus colores vivos y dentro de poco no serían más que despojos mustios sobre la tierra del parterre. Los heliotropos, de color violeta, también andaban de capa caída esperando a ser sustituidos por los crisantemos. Yo

esperaba en la camilla. El médico había dicho que estar en contacto con el aire y el sol era bueno para mis huesos. La ventana de la habitación permanecía cerrada y, a pesar de ello, oí cómo gritaba. Unos días antes escuché cómo le decía a mi madre que le regalara sus vestidos a María la de Los Laureles, una asistenta que llevaba a mis hermanas de paseo y ayudaba en la limpieza de la casa. Tengo un recuerdo de los ojos inmensos de aquella muchacha sumidos en una gran melancolía. Su piel era del color de las aceitunas y tenía una gran tersura. El pelo negro caía a los lados del rostro, partido por una raya a mitad de la cabeza. ¿Por qué sentía mi padre compasión por ella? Tal vez le devolvía la imagen de la tristeza. Tenía que estar necesariamente triste, sintiéndose incapaz de recuperarse del mal que afectaba a su corazón y a su cerebro. María tenía el rostro diseñado para reflejar esa desolación. Mi madre tenía vestidos y María, no. No se podía llamar vestido a una especie de bata de percal que caía sobre un cuerpo del que no se podía adivinar nada, porque ningún tejido que se posara sobre él estaba destinado a resaltarlo. Más bien a esconderlo. Solo se veían sus piernas fuertes asomando por debajo de la falda. María no tenía nada, ni siquiera apellido. Le decían la de Los Laureles porque había venido de una finca de mis tíos que se llamaba así, pero, a pesar de expresar una carencia absoluta de identidad, a mí ese nombre me resultaba muy sonoro y elegante. Era como si hubiera obtenido un galardón por su insignificancia, un título que la distinguía de las demás personas.

María no era una mujer hermosa. Bajo su mirada oscura emergían unos pómulos prominentes, tanto que si sus ojos no hubieran sido tan grandes, habrían quedado escondidos en unas profundas cuevas. Tenía los parietales muy anchos y, a partir de ahí, el rostro iba menguando suavemente hasta volver a crecer en una mandíbula poderosa. Cuando salía a la calle llevaba un abrigo que mi madre le había regalado. Se sentía feliz dentro de aquella pieza de lana que entallaba su figura y no creía ser una campesina, sino una chica de la ciudad. María era muy joven. Sus rasgos, que parecían estar definidos a martillazos, le hacían aparentar más edad. También su

estatura. Lo que la delataba era un ingenuo lazo que se colocaba a un lado del peinado. No comprendo la urgencia de mi padre por verla vestida con la ropa de mi madre. No era solo un acto de desprendimiento, tenía que haber algo más. Contemplar el aspecto mustio de María le provocaba emociones profundas, una especie de compasión sin motivo aparente. Algo así como ver reflejada en ella su desgracia. Mi madre no le regaló sus trajes a María y mi padre se olvidó de aquel antojo. En los días siguientes dejó de salir al jardín. Fue entonces cuando empecé a escuchar sus gritos con mayor frecuencia.

*

En casa había una colección de sellos que nos ayudaba a viajar por el mundo casi tanto como leyendo a Pierre Loti. Para los que se encuentran atados e impedidos de movimiento estas cosas tienen un valor que no aprecian las personas que gozan de libertad. Observar la reproducción de las imágenes de lo lejano, o evocarlas con la lectura, es suficiente para sentir la ligereza de tus pies pesados avanzando por los senderos de la imaginación. Lo que vemos a nuestro alrededor tenemos que digerirlo en nuestra mente; qué más da hacerlo directamente o extraerlo de un relato o contemplarlo en un sello de correos. Con el pensamiento se llega más lejos que con la mirada. La idea que yo poseía del desierto, o de la India, o de Estambul, era la de un marino y diplomático francés al que le gustaba escribir y contar a los demás las impresiones de sus viajes. ¡Qué suerte!, ¿no?

No estoy seguro de si mi padre tenía una dificultad para recordar, o una expresión lenta en el habla, o algo que delatara una minusvalía. Seguramente era así. Lo cierto es que sufría una incapacidad motriz en alguna parte de su cuerpo; por eso debía estar continuamente apretando la pelota, como si así marcara el ritmo del émbolo cardíaco que le garantizaba su vida precaria. Los sellos que veíamos eran casi todos de los países que después de la

guerra cayeron tras el telón de acero. Había reyes con uniformes repletos de entorchados y galones, grandes cascos con plumas, y capas de armiño sobre sus hombros. Mis preferidos eran los de las colonias africanas: Camerún, Togo, Dhomey, Senegal, Costa de Marfil. Había animales salvajes y selvas y grupos de danzarinés con lanzas en la mano y grandes collares al cuello. Me veía navegando por un río de aguas profundas, como el que lleva al corazón de las tinieblas. Era una maravilla pasar lentamente las páginas del álbum y poseer el mundo desde el patio de nuestra casa, imaginando que estaba fuera de la camilla donde me encontraba prisionero. No sé si sentía lo mismo que yo y con eso podría liberarse de aquel monstruo maldito que le tenía agarrotadas las venas. Quizá estaba volviendo a ser un niño y aprendía conmigo el aspecto de las cosas que habían huido de su memoria. ¡Qué curioso que lo que a él se le estaba escapando era lo que nutría la mía sin haberlo vivido! De ahí debe venir mi afición por construir universos minúsculos. Me bastaba la escasa tierra contenida en un tiesto para llenarla de habitantes, casi invisibles, que combatían por su supervivencia cuando eran inundados por el agua del riego.

Mi abuela cultivaba flores en los macetones que había alrededor del patio. Todas las tardes las rociaba con un pequeño regador de hojalata y yo creía que los diminutos seres que allí vivían corrían el peligro de perecer ahogados, pero luego pensaba que la lluvia entrañaba el mismo riesgo para nosotros y, sin embargo, era algo natural y saludable. Podía jugar en un espacio de pocos centímetros imaginando que allí existía una gran ciudad o un país entero. Un pequeño guijarro se convertía en un vehículo gigantesco cuando lo desplazaba con mis dedos sobre la tierra fina. Un pétalo recién caído de su corola era el manto bajo el que dormitaban los insectos. El tallo espinoso de una rosa se transformaba en una escala por la que los insignificantes pulgones ascendían hasta el cielo, como en el cuento de las habichuelas mágicas. Las hojas verdes de los geranios eran las pistas de patinaje por donde se deslizaban las mariquitas. En un territorio tan reducido se desarrollaba un mun-

do descomunal gracias a que mi enorme ojo lo podía contemplar como si fuera un dios. Era algo milagroso, porque no disponía de otro método para poseer el espacio de mi alrededor, agigantando lo menudo y mutándolo en un universo. De esta forma compensaba mi inmovilidad y mi incapacidad para conquistar ámbitos de mayor amplitud. Más tarde me di cuenta de que nosotros también pertenecíamos a un entorno microscópico, suponiendo a alguien mirándonos desde fuera como hacía yo con los insectos.

Andaba ocupado aprendiendo a descubrir las cosas. ¿Qué eran para mí las cosas? Objetos inanimados que estaban a mi alrededor. Disponía de un largo tiempo para observarlos. Las cosas nos pasan desapercibidas por habituales y porque hacemos de ellas una consideración momentánea y útil. Pero están ahí, inánimes y quietas, para demostrarnos que el tiempo no les afecta y por eso nos son ajenas. Su perdurabilidad hace que pertenezcan a un ambiente distinto al nuestro. Yo disponía del suficiente para analizarlas y para intentar conocer algo más sobre ellas. Descubrí que era una estupidez luchar por poseerlas, que solo necesitaba mirarlas para aprender lo que pretendían ofrecerme. El mundo estaba lleno de cosas y lo mejor que podía hacer era permitirles ocupar el espacio que les correspondía. Así podrían ser mías plenamente.

Distraído en estos absurdos pensamientos, no era consciente de que la muerte se estaba acercando cada vez más a mi padre, de que lo tenía asediado y sin posibilidad de escapar. Creo que él sí lo sabía. En las largas mañanas que pasábamos juntos nos esforzábamos en distraernos y olvidarnos de esa desdicha. La realidad era lo fatal, intentar ocultarla o disfrazarla era una fantasía. Vivíamos anclados a un ensueño para evadirnos de la desesperación. En ocasiones ese intento no era suficiente y lo terrible se presentaba con toda su crudeza. Por eso mi padre gritaba, porque estaba viendo a la muerte frente a él y procuraba decirle por todos los medios que se alejara, que lo dejara pasar, que le concediera una amnistía temporal para poder seguir apretando su pelota mientras mirábamos los sellos de las monarquías balcánicas y las colonias del continente africano.

Esos gritos que de tarde en tarde vuelven a mis oídos son la rebelión ante la fatalidad que se aproxima. El aviso de que estamos penetrando en un desierto lleno de cactus punzantes. Imagino esa visión invadiendo el cerebro con un terror incontrolable; un horizonte sin línea que lo defina, igual a una inmensa tormenta que viene a devorarnos. Nunca creí que fuera la cercanía de la muerte la causante de tanta desesperación, sino un descalabro de la mente al fabricar el panorama horripilante de la vida agónica. Quizá una memoria repleta de escenas desgraciadas desbordando la realidad. Pero lo que hacía gritar a mi padre era algo físico. Una mala forma de llegar la sangre a su cerebro. Un accidente que presionaba sus venas, un alimento vital demasiado débil que le llevaba inevitablemente a la confirmación de que se estaba muriendo poco a poco, cuando tenía todavía tantas cosas por hacer.

Un día lo vi en la cama. Yo aún no había enfermado de la cadera y a él lo habían trasladado a una residencia inglesa que había en Santa Cruz, rodeada de flamboyanes y césped, y con el clima de bonanza del nivel del mar, para estar apartado del bullicio que producíamos nosotros. Era un edificio con carpinterías pintadas de blanco y el piso de madera clara que transmitía mucha paz. Las puertas acristaladas hasta el suelo de la habitación daban al jardín, y los pájaros que estaban en los árboles trinaban suavemente, sin molestar. Lo mismo hacían los dueños, usando un calzado silencioso para que no se notara su llegada. Tenía la cabeza sobre unos grandes almohadones blancos, buscando una posición de equilibrio en donde apoyar su fragilidad. Intentaba no moverse demasiado, no fuera a desprenderse uno de los cables invisibles que lo conectaban a la existencia. Me resultó tan indefenso que sentí ganas de llorar, pero yo no lloraba por esas cosas. Tenía el llanto bien diferenciado de la tristeza, y podía estar sumido en una angustia infinita sin que afloraran las lágrimas. Dicen que son ellas las encargadas de lavar las penas. A mí me gustaba bañarme en la laguna solitaria de la pesadumbre, en las sombras de mí mismo, antes que ir a buscar la alegría soleada de las playas a donde

no se me permitía acudir. Mi padre permanecía inmóvil, y yo no me atrevía a respirar por si acaso se fuera a quebrar aquel sosiego momentáneo. Me coloqué frente a él procurando que no tuviera que girar los ojos para mirarme. Pensaba que hasta eso entrañaba un esfuerzo innecesario y un riesgo. La suma de las cosas mínimas puede provocar una gran catástrofe. Así que mejor era que siguiera en su reposo para no romper su débil vínculo con la vida. El vuelo de una mariposa o el corretear de una araña sobre la pared blanca podían avisar a la muerte para actuar sin piedad. La muerte no es piadosa. Es una visita que viene a por ti. Su intención no es la de despedirse y marcharse. Aguarda pacientemente a que todo esté preparado, y solo entonces te hace salir de ese cuerpo desvencijado que se quedará inerte sobre las sábanas, descansando en la cómoda apariencia que sugieren los embozos y las almohadas rellenas de plumas que se preparan para recibirla. Mientras tanto, todo lo que se puede hacer es intentar evitarla, como si eso fuera posible. Ha celebrado previamente un pacto con la agonía para que en el último instante el sufrimiento sea imperceptible.

Ignoro por dónde se escapa el alma, ni sé si se dirige a un sitio estrecho, un túnel por el que desembarcará en un lugar sin límites, en el no espacio gobernado por el no tiempo. Quien aguarda desde el exterior no se da cuenta de nada; cree que ocurre cuando dejan de sentirse los latidos del corazón, o el tenue movimiento del tórax, admitiendo las últimas invasiones del oxígeno. De pronto el aire ya no está interesado en ese cuerpo. El alma se va sin despedirse porque el alma no es poseedora de la memoria y no se la lleva con ella. Por eso no la entendemos, porque la miramos con lo sensorial que aún permanece en nosotros, sin pensar que esas cosas ya no están en el que se marcha. Nada de esto fue lo que pensé cuando vi a mi padre recostado e inmóvil, pero algo sentí que me obligó a comportarme con sumo cuidado, como si todo estuviera a punto de romperse y hubiera que guardar silencio, porque el ruido también podría ser el causante del descalabro.

No siempre mi padre estuvo sereno durante su enfermedad. A veces se mostraba muy agitado e impaciente. Como ya dije, tenía extrañas visiones que lo inquietaban. Ignoro qué hay de verdad en esto. Yo era muy pequeño y ha pasado tanto tiempo... A medida que la enfermedad avanzaba, los encuentros con los que no estaban eran más frecuentes. También influía lo de mi abuela, que había visto venir hacia ella a su otro hijo el mismo día que lo fusilaron. Lo contaba con una gran seguridad y era imposible no creérselo pues la fecha y la hora coincidían con la que pudieron comprobar unos años más tarde. Nada de esto tuvo que ver con la muerte de mi padre, producida por un accidente cardiovascular de consecuencias nefastas. Aceptado desde el punto de vista biológico y a la luz de la ciencia médica, se trata de algo mecánico, como cuando un motor deja de funcionar, pero los percances en el cerebro pueden ocasionar alucinaciones, desórdenes mentales que llevan a confundir la realidad, casi siempre con base en hechos que sí han pasado. Si mi padre veía a su hermano muerto en la guerra y hablaba con él, era porque conocía la tragedia. Ese era el dato del que se podía extraer la consecuencia. La causa y el efecto, y la circunstancia de un pensamiento desviado de la lógica por una anormalidad neuronal. Sin embargo, en los ratos que pasábamos juntos nunca sospeché que desvariara o tuviera un comportamiento extraño. El médico venía y decía que no con la cabeza. Luego le daba un calmante y se dormía, pero él sabía que la muerte estaba acechando en alguna parte, que su hermano también lo sabía y lo estaba esperando en el otro lado.

El médico era un amigo de la familia y el día que se marchó mi padre fue de los que más lloró. Yo creía que los médicos no lloraban porque estaban acostumbrados a esas cosas, pero enseguida me di cuenta de que su desconsuelo tenía otras causas. No pudo soportar permanecer en la sala donde hicieron el velatorio y se acercó hasta la habitación en donde estaba yo acostado en la camilla con la pierna colgando de un cabestrante de madera. Miraba al patio a través de la ventana mientras lo invadía un llanto silencio-

so. Luego me acarició la cabeza y me preguntó cómo estaba. No pude contestarle. Oficialmente nadie me lo había dicho. Era muy extraño. Mucha gente entraba y salía. A la mayoría no los había visto nunca, pero me besaban intentando consolarme. Se habían llevado a mis hermanos a la casa de mis abuelos. Yo no disponía de la autonomía suficiente para ser trasladado, con el artilugio al que estaba sujeto, y tuve que quedarme como el único testigo infantil de la desgracia.